

Primeramente tú eres hombre, el único de los animales a quien Dios ha hecho a su imagen. Si tú quieres razonar, ¿no te basta para proporcionarte la más grande alegría el hecho de haber sido formado por las manos mismas de Dios, que ha forjado todas las cosas? Además, hecho a la imagen de tu Creador, puedes elevarte a la dignidad de los ángeles por tu buena conducta. Tú has recibido un alma razonable que te permite conocer a Dios, penetrar la naturaleza de las cosas, recoger el fruto dulce de la sabiduría. Todos los animales de la Tierra, domésticos o salvajes, todos los que habitan en el agua y que vuelan en el aire son como otros tantos esclavos en tu mano. ¿No has inventado tú las artes y fundado las ciudades y fabricado las cosas necesarias y los objetos de lujo? Gracias a tu inteligencia, ¿no te son accesibles los océanos? ¿La tierra y el mar no están al servicio de tu vida? ¿Es que el aire, el cielo y el coro de los astros no ostentan para ti sus diversas disposiciones? ¿Por qué, pues, tienes tan encogido espíritu que te quejas de no poseer un caballo con bocado de oro? Tú posees el sol, que, en su curso rápido, te surte de luz por todo el día. No posees el brillo del oro y de la plata, pero posees el de la luna, que te presta el suyo con miles de rayos. No vas sobre carrozas doradas, pero tienes tus pies como un vehículo propio y bueno para ti. ¿Por qué tienes por dichoso al que muestra sus cuabras bien repletas, pero que necesita de los pies de otro para caminar? Tú no duermes sobre un lecho de marfil, pero tienes la tierra no menos preciosa y tomas sobre ella el dulce reposo que procura un sueño rápido y exento de zozobras. No te cobijas bajo techo de oro, pero tienes el cielo con el resplandor indecible de sus estrellas.

Aquéllos sólo son bienes humanos, pero los más grandes son éstos. La esperanza de la resurrección, los preceptos divinos que perfeccionan la vida, la ascensión hacia Dios por este camino, el reino de los cielos que te espera con las coronas de justicia reservadas a los que no temieron al sufrimiento para caminar por la virtud (16).

Lo que se dice para la desigualdad de las condiciones naturales, es igualmente cierto para la desgracias de la vida.

Que la esperanza del porvenir haga más llevadero el presente. Los que tienen enfermos los ojos apartan su mirada de los objetos

muy brillantes para posarla sobre las flores y el césped. Así es preciso que el alma no mire continuamente los motivos de tristeza, y no se fije en las penas del presente, sino que ponga su vista en la contemplación de los verdaderos bienes. ¿Has recibido una injuria? Recuerda la gloria que la paciencia te guarda en el cielo. ¿Has perdido tu dinero? Piensa en las riquezas del cielo y el tesoro que estás amontonando con tus buenas obras. ¿Estás desterrado de tu país? Tienes por patria la celestial Jerusalén. ¿Has perdido tu hijo? Pero tienes la compañía de los ángeles, con los que danzarás ante el trono de Dios con una alegría sin límites (17).

Más amarga que todas es la desgracia que San Pablo comprendía bajo el nombre de periculum ex falsis fratribus. Se la conocía bien en la agitada iglesia del siglo IV, cuando la herejía multiplicaba sus atentados contra los verdaderos fieles. San Basilio consolaba con estas palabras a los monjes acosados por los arrianos.

No es difícil defenderse contra un enemigo declarado, pero hay que tomar precauciones contra un enemigo encubierto que viva entre nosotros. Vuestros padres han sufrido persecuciones; pero eran los idólatras los que los atormentaban. Se les quitaron sus bienes, fueron saqueadas sus viviendas, fueron desterrados. Los enemigos de Cristo les hicieron todos estos males. Los que nos persiguen ahora no tienen un odio menos venenoso y se amparan en el nombre de Cristo para hacer caer en el lazo a los que quieren seducir para quitarles la gloria de su dolor. Algunos reconocen que se nos injuria, pero sólo dan el nombre de martirio a la muerte que sufrimos para defender la verdad. Por esto Dios nos recompensará más que a los primeros mártires, porque tenían ante los hombres honores y gloria, a más de la recompensa que Dios les diera en el cielo. A vosotros, por el contrario, por semejantes hazañas, el pueblo os retira sus alabanzas, por lo que seréis doblemente recompensados de las vicisitudes que habéis sufrido por defender la piedad (18).

Se ve que San Basilio sabía en ciertos casos elevarse hasta el más puro misticismo. Pero generalmente sus discursos de consuelo se alimentan con preferencia de esta mezcla de fe y de buen sentido

realista, de espíritu evangélico y de filosofía popular, que constituye la característica de su pensamiento moral.

IV. La muerte

De todas las penas de la vida, las más profundas y, a veces, las más desconcertantes, son las que nos causan los golpes repetidos de la muerte. A las almas en luto el obispo de Cesárea propone un tratamiento parecido, cuya fórmula asocia en una curiosa síntesis los datos de la tradición filosófica y la revelación cristiana. No deja de recordar que la muerte es una consecuencia y un castigo del pecado.

Protegido de Dios y gozando de sus bienes, Adán pronto se sació, y por tedio prefirió los placeres sensibles a la belleza inteligente, la satisfacción del vientre a los deleites espirituales. Arrojado del paraíso, fue privado de la vida bienaventurada. No por necesidad, sino por su propia irreflexión, se convirtió en pecador. Había pecado por su mala voluntad; murió a causa de su pecado... Conforme se alejaba de la vida se aproximaba a la muerte, pues Dios es la vida y la privación de la vida es la muerte; por eso Adán buscó su propia muerte apartándose de Dios... Así, pues, no es Dios quien ha creado la muerte; somos nosotros los que la hemos llamado por nuestras malas disposiciones.

Sólo la muerte del pecador es propiamente un mal, porque señala para él el principio del infierno (19). Para el justo la desgracia es anulada por la certidumbre de la resurrección. En esta sobrenatural esperanza Basilio viene a fundar los motivos racionales de consuelo.

¿Por qué lloras al que ha marchado sólo para cambiar de aspecto? No te lamentes por el amparo que has perdido. “Es mejor, dice la Escritura, esperar de Dios que esperar de los hombres” (Ps. CXVII, 9). Y no llores tampoco al difunto por la desgraciada suerte que corra. Dentro de poco la trompeta celeste lo levantará y lo verás ante el tribunal de Dios. Guárdate, pues, de pronunciar palabras inconsideradas: ¡Oh mal inesperado!, o bien,

¿Quién podía esperar semejante cosa?, o ¿Podía imaginarme que iba a amortajar a un ser tan querido? Si llegásemos a oír estas palabras dichas por otro, deberíamos replicarle: El recuerdo del pasado y la experiencia del presente nos enseñan que son inevitables estos accidentes.

Ni las muertes prematuras ni otras desgracias súbitas han de trastornarnos, si permanecemos fieles a las lecciones de la fe. Por ejemplo, yo tenía un hijo en plena juventud, mi único heredero, el sostén de mi ancianidad, el honor de mi raza, la flor de sus camaradas, el apoyo de la familia y en la edad más feliz. Me ha sido arrebatado súbitamente... ¿Qué haré? ¿Voy a destrozar mis vestiduras, a echarme al suelo, indignarme y llorar, comportándome ante todos como un niño que grita y se revuelca cuando le pegan? ¿O bien, atento a lo que tiene de inevitable, puesto que la muerte es la ley absoluta que alcanza por igual a todas las edades y que deshace a su alrededor todo lo compuesto, no intentaré defenderme contra lo que me acontece? ¿Dejaré en abandono mi espíritu, como atacado por inesperado golpe, cuando sabía desde mucho tiempo que, mortal yo mismo, tenía un hijo mortal, puesto que nada humano es sólido y no puede eternamente permanecer en manos de su poseedor? Grandes ciudades célebres por el esplendor de sus monumentos y el poder de sus habitantes, resaltado por la riqueza del país y de sus mercados, no tienen más que en sus ruinas las señales de su esplendor. Un bajel salvado muchas veces del mar, después de haber hecho mil viajes y mil transportes de mercancías, se hunde por un solo golpe de aire. Ejércitos victoriosos en numerosos combates, ven cambiar su suerte hasta convertirse en un objeto de piedad o risible. Naciones e islas que gozaban de un gran poderío, que habían llevado sus trofeos por tierras y mares, para encontrar en su botín la fuente de inmensas riquezas, han sido destruidas por el tiempo o reducidas a la esclavitud. En una palabra, imagínate la más grande e intolerable de las desgracias, y de ella el pasado te dará un ejemplo...

¿Por qué indignarse como si nos hubieran privado de algo que nos pertenece y llorar al difunto como si se le hubiera causado un mal? Inculca en tu espíritu que tu hijo no ha sido muerto, sino resituído; que tu amigo no ha muerto, sino que ha partido para un viaje, en cuyo camino se ha adelantado a ti un poco. ¿Por qué no te habitúas a pensar como mortal respecto a un mortal, y cómo

puedes mirar la muerte de tu hijo como imprevista? Cuando te fue anunciado el nacimiento de tu hijo, si se te hubiera preguntado la naturaleza del recién nacido ¿qué habrías contestado? ¿Que habrías tú dicho sino que era un hombre? Pero si es un hombre es un mortal. ¿Qué tiene de extraordinario que un mortal se muera? ¿No ves tú que el sol se eleva y desaparece? ¿Que la luna crece para mermar después? ¿Que la tierra florece para secarse luego? ¿Qué hay estable en lo que nos rodea? ¿Qué hay de naturaleza fija e inmutable? Mira al cielo y a la tierra: tampoco ellos son eternos.

Una consideración para el marido que ha perdido a su mujer.

Cuando han sido dos en una misma carne, es necesario conceder una gran indulgencia al que soporta con pena la separación. No hay razón para pensar o para decir nada que sea inconveniente. Piensa que el Dios que nos ha formado y animado, ha fijado a cada alma una cierta duración de vida. Lo mismo que los prisioneros son retenidos mucho tiempo entre cadenas los unos, y otros, en cambio, en seguida libertados, lo mismo las almas son retenidas más o menos tiempo en esta vida...

Así, pues, no esperes que las leyes de las almas se ajusten a tu deseo. Los que están unidos en la vida y la muerte los separa, imagínate que son comparables a dos viajeros que hacen juntos un mismo camino, y por razones de su común viaje contraen una cierta intimidad. Llegados a una encrucijada tienen que separarse, y sus buenas relaciones no les obligan a cambiar sus primitivos destinos respectivos... En lugar de llorar la separación, corresponde a un alma agradecida agradecer al que fue primer autor de este lazo.

Por el contrario, mientras tu mujer vivía, o el amigo o el hijo que tú lloras, en lugar de dar gracias al que te concedía estos bienes, tú te quejabas de los que te faltaban. Si sólo tenías a tu mujer, sentías el no tener hijos; si tenías hijos, te quejabas de no tener dinero o del éxito de tus enemigos. Cuidemos de que no nos sea necesario a nosotros mismos la privación de nuestros seres queridos, desde el momento que no apreciamos su presencia y que empezamos a quejarnos cuando ya no los tenemos con nosotros.

No es que Basilio tuviera por ideal la violenta dureza de los estoicos. Sabe que el Divino Maestro ha llorado, y a su vez autoriza las lágrimas; pero ese dolor debe estar, a imitación del suyo, contenido en los límites de la razón.

Al llorar a su amigo, mostraba su participación en la naturaleza humana y nos ponía en guardia contra todo exceso, ora de dejarnos abatir por la desgracia, ora de permanecer insensibles a la tristeza. Tenemos aquí una medida perfecta y una regla exacta para soportar la pena dentro de los límites de la conveniencia natural. Ni a los hombres ni a las mujeres les está permitido afectar el dolor ni derramar lágrimas abundantes, sino solamente afligirse lo natural y llorar algo. Todo en silencio, sin explosión de gemidos, sin desgarrarse las vestiduras o cubrirse de polvo; sin ninguna de estas actitudes indecentes a las que se abandonan los que ignoran las verdades celestes. Cualquiera que esté purificado por la doctrina divina debe ser purificado por la sana razón como por un muro sólido y sostener valientemente el asalto de esta clase de pasiones.

De este dolor razonable Job es el modelo.

¿Era su corazón de diamante o sus entrañas de piedra? Sus diez hijos perecieron en un momento aplastados de golpe en la casa en que se recreaban. No aulló de dolor, ni se arrancó los cabellos, ni pronunció palabra vil alguna, sino que se desahogó con esta acción de gracia universalmente admirada: “*Lo que el Señor me dio el Señor me lo quita. Se ha cumplido la voluntad del Señor. Sea bendito su nombre*” (I, 21). Tú, por el contrario, te excitas a llorar y te aplicas a extenuar tu alma con lúgubres quejas. Como los cómicos trágicos se cubren con una túnica cualquiera cuando suben a escena, tú crees que el dolor debe acompañarse de actitudes teatrales: vestidos negros, cabellera en desorden... Deja todo eso para los que no tienen esperanza (20).

Ante el problema de la muerte, como ante las desgracias de la vida, el cristianismo de San Basilio se une a la filosofía para darle diversos matices.

V. Apostolado con los afligidos

Para abarcar en lo posible todos los casos en que se puede dirigir a las almas que sufren, nuestro moralista completa su dirección regulando la compasión que los afligidos nos inspiran.

No es llorando a los muertos ni gritando con las personas afligidas como se debe cumplir el precepto (de caridad). En efecto, me guardaré de elogiar al médico que, lejos de socorrer a los enfermos, adquiriera él mismo sus enfermedades, o del capitán de barco que, en lugar de mandar a los pasajeros luchar contra el viento, evitar las oleadas y alentar a los tímidos, se dejara dominar por los que no tienen experiencia del mar. Tal sucede con el que se aproxima a las personas afligidas y, en lugar de procurarles algún consejo provechoso para su razón, participa del desorden de sus pasiones. Está muy bien compartir con otros sus desgracias... pero no conviene simpatizar hasta tal punto con las personas afligidas, que unamos nuestros gritos y nuestras lágrimas a los de ellas, imitando en estas y otras cosas a los que están cegados por su luto... Si tu presencia no añade nada, guárdate de seguir en su caída al que ya está en el suelo. El que quiere levantar a otro debe mantenerse más alto que él; y si cae a su lado necesitará también otro que le levante.

Sin embargo, es bueno llorar sobre lo ocurrido, y afligirse en silencio del triste suceso, y mostrar por la gravedad del rostro y de las maneras la compasión del alma. Durante las pláticas o conversaciones no deben hacerse consideraciones que pudieran parecer burla o insulto para los abatidos. Las consideraciones son penosas para un alma turbada por el dolor; igualmente son mal recibidas por la persona que sufre e impropias para consolar las palabras de un corazón absolutamente insensible. Déjalos primeramente que se abandonen a sus gritos sin fin y a su vano estruendo. Cuando se hayan calmado un poco, podrás entonces consolarlos con abnegación y dulzura (21).

Basilio, no obstante, no desdeña los pequeños cuidados temporales.

Es preciso tener cuidado de que las personas inconsolables abandonadas por el exceso de sus lágrimas no lleguen a olvidarse

de la necesidad de su alimentación. Al hombre en luto démosle el pan que fortifica el corazón y el vino que anima las fuerzas que desfallecen (22).

Como muestra de los consuelos que convienen al cristiano, he aquí el discurso que el obispo de Cesarea supone en Job para su mujer:

¿Por qué has hablado como una mujer insensata? Renuncia a esa idea (la del suicidio). “*Si hemos recibido los bienes de manos del Señor, ¿no soportaremos también los males?*” Acuérdate de los bienes pasados. Compensa los bienes y los males. La vida de ningún hombre no es completamente feliz: la felicidad perpetua sólo a Dios pertenece. Si el presente te entristece, consuélate con el pasado. Ahora tú lloras, pero otras veces has reído; ahora eres pobre, pero en otra ocasión fuiste rico. Has bebido en la corriente límpida de la vida: soporta el beber ahora un poco de agua revuelta. El curso mismo de los ríos no es siempre puro. Y nuestra vida —tú lo sabes— es un río que se desliza sin cesar y cuyas ondas se suceden las unas a las otras. Una parte ha desembocado ya en el mar: la otra todavía no; una parte ha salido ya de su primer manantial: otra pronto saldrá. Y todos nos dirigimos hacia el mar común de la muerte... ¿Queremos obligar al juez a que nos asegure siempre una situación fija? ¿Pretendemos enseñar al Señor la manera de conducir nuestra vida? El es el dueño de sus decretos; conduce nuestros asuntos a su agrado. Y, como es sabido, reparte a sus servidores lo que les es útil. No hay que discutir, pues, los juicios de Dios. Ama solamente lo que su sabiduría te reserva. Recibe con placer lo que él te dé. Muestra en la adversidad que fuiste digno de tu felicidad anterior (23).

En este discurso sería interesante unir las siete u ocho cartas de pésame que de San Basilio se conservan. Se encontraría el desarrollo de los mismos temas y la aplicación de los mismos procedimientos. Gracias a esta unión constante de lo natural y lo sobrenatural, la muerte acaba por reducirse a esa categoría de desgracias providenciales que no solamente no deben alterar la paz del alma, sino que son hechas para elevarla hacia las cimas serenas del orden espiritual.

NOTAS

- (1) *Hom.* III, 1. -P. G., t. XXXI; col. 200-201. Cf. *Hom. in Ps.* I, 4. -P. G., t. XXIX; col. 220.
- (2) *Hom. in Ps.* XXXIII; *ibíd.*, col. 381.
- (3) *Hom.* XII, 15. -P. G., t. XXXI; col. 417 y 420.
- (4) *Hom.* III, 7; *ibíd.*, col. 213.
- (5) *Hom.* X, 5; *ibíd.*, col. 365.
- (6) *Ibíd.*, 5; col. 365 y 368.
- (7) *Hexam.*, III, 5. -P. G., t. XXIX; col. 40.
- (8) *Hom. in Ps.* LIX, 2; *ibíd.*, col. 464.
- (9) *Hom. in Ps.* XLV, 2; *ibíd.*, col. 420.
- (10) *Hom. in Ps.* XXXIII, 4; *ibíd.*, col. 353.
- (11) *Hom.* XII, 5. -P. G., t. XXXI; col. 396.
- (12) *Hom.*, IX, 5; *ibíd.*, col. 340.
- (13) *Hom.*, IX, 5; *ibíd.*, col. 337.
- (14) *Hom. in Ps.*, XXXII, 5. -P. G., t. XXIX; col. 336.
- (15) *Hom. in Ps.*, XLVIII, 10; *ibíd.*, col. 453 y 456.
- (16) *Hom.*, III, 6. -P. G., t. XXXI; col. 212-213.
- (17) *Hom.*, IV, 7; *ibíd.*, col. 236. Cf. *Hom. in Ps.* LIX, 5. -P. G., t. XXIX; col. 468-469.
- (18) *Epíst.*, CCLVII. -P. G., t. XXXII; col. 945-948.
- (19) *Hom.*, IX, 3. -P. G., t. XXXI; col. 332.
- (20) *Hom.*, IV, 5-6; *ibíd.*, col. 228 y 232.
- (21) *Hom.*, V, 8; *ibíd.*, col. 256-257.
- (22) *Ibíd.*, 9; col. 260.
- (23) *Hom.*, XXI, 11-12; *ibíd.* col. 561.

CAPITULO IV

Método elemental de acción moral.

No contento con mostrar la finalidad, el moralista debe trazar el camino que conduce a ella. La experiencia de las almas cristianas ha creado una táctica de la vida moral que ha sido puesta al alcance de todos por las publicaciones diversas de los autores espirituales. San Basilio no ha escrito una introducción a la vida devota. Pero no le ha faltado ocasión en el curso de sus sermones populares para encontrar y comentar los principios esenciales.

I. Conocimiento de sí mismo

En la base de la vida moral, la sabiduría antigua colocaba γνῶθι σεαυτόν. Pasó sin esfuerzo al dominio cristiano, y San Basilio, en particular, hace de ello frecuentes citas.

En realidad, parece indudable que es la cosa más difícil el conocerse a sí mismo. No solamente nuestro ojo, que mira las cosas de fuera, no tiene vista sobre él mismo, sino que nuestro espíritu, que ve en seguida el pecado de otro, es reacio para conocer sus propias imperfecciones. Por esto nuestro espíritu, que ha recorrido durante nuestro discurso los objetos exteriores con rapidez, se hace perezoso y lento para encontrar lo que nos concierne personalmente (1).

A pesar de sus palabras, Basilio ha consagrado a este respecto toda una homilía, inspirado por un texto del Deuteronomio (XV, 9) propio para recordar el adagio socrático (2).

“*Conócete a ti mismo*” para distinguir las cosas malas de las que te son saludables. Es decir, obsérvate a ti mismo por todas partes; conserva el ojo de tu alma siempre vigilante para salvaguardarte (3)... He aquí un precepto muy útil a los enfermos y que no conviene menos a los que se portan bien. En las enfermedades, los médicos recomiendan a sus clientes que se cuiden de ellos mismos y que no descuiden la terapéutica necesaria para su mejoría. De la misma manera, nuestro médico espiritual, el Verbo, acude al socorro del alma amenazada por el pecado. “Conócete, pues, a ti mismo par proporcionar la cura que necesitas. ¿Es grande tu pecado? Tienes necesidad de una larga confesión de amargas lágrimas; de veladas prolongadas; de un ayuno constante. ¿Es una falta ligera y venial? Que la penitencia sea en proporción. Atiéndete a ti propio para distinguir la salud espiritual de la enfermedad... Este precepto es igualmente útil para aquellos cuya conducta es sana; porque, al mismo tiempo que cura a los enfermos, asegura a los que se portan bien una salud más grande.

En efecto, cada uno de los discípulos del Verbo desempeña una u otra de las funciones que nos son asignadas por el Evangelio... Esta breve palabra conviene a todos para dar a cada uno la ley de su conducta y el celo de la voluntad. Tú eres cazador enviado por el que ha dicho: “*He aquí que yo envío cazadores numerosos que cazarán en toda la montaña*” (Jerem, XVI, 16). Ten cuidado de no dejar escapar tu presa y de llevar al Salvador, cautivas por el verbo de la verdad las almas que el pecado había hecho salvajes. ¿Eres viajero como el que decía esta plegaria: “Dirige mis pasos”? (Ps, CXVIII, 133). Ten cuidado de no errar el camino, de no torcerte a derecha o a izquierda: marcha por el camino real. Que el arquitecto construya sólidamente los fundamentos de la fe, que es Jesucristo. Que el albañil tenga cuidado con sus materiales; ni madera ni paja, sino oro, plata, piedras preciosas. Pastor, no descuides nunca lo que concierne al cargo pastoral. Recoge la oveja descarriada, lleva a cuerdas a la que está herida, cura a la que está enferma. Agricultor, cava alrededor de la higuera enferma y échale lo que puede ayudarle a dar su fruto.

Soldado, “*lucha por el Evangelio...*” (II Tim., I, 8). Atleta, ten cuidado de no faltar a las leyes de tu ejercicio. Sólo es coronado el que combate debidamente. Imita a Pablo, que corría, luchaba, daba puñetazos...

No terminaría nunca si contara las ocupaciones de los que trabajan en el Evangelio de Cristo e intentara mostrar cómo la virtud de este precepto se armoniza en cada uno. Conócete a ti mismo: sé sobrio, dócil a los consejos, cuidadoso en el presente y preveedor del porvenir. Lo que esté cerca de ti no lo dejes perder por pereza; lo que no es y quizá nunca sea no puede decirse que tú lo tuvieras en tus manos.

La juventud especialmente tiene necesidad de este consejo.

¿No es una enfermedad propia de los jóvenes creer, por ligereza de espíritu, estar ya en posesión del objeto de sus deseos? En los momentos de ocio o de insomnio se forjan imaginaciones en el aire y se dejan arrastrar por la movilidad de su espíritu. Se prometen una vida brillante, un rico matrimonio, una gran familia, una vejez prolongada y muchos honores para el porvenir. Incapaces de moderar sus ambiciones, se elevan hasta lo más grande que hay entre los hombres; piensan en ricas mansiones, que guarnecen y amueblan con muebles preciosos; las rodean de vastos dominios en los que se amontonan las rentas en los graneros de su vanidad. A esto añade ganados, innumerables animales domésticos, empleos civiles y militares, guerras, trofeos, el imperio mismo. Mientras su imaginación se enfrasca en estas ideas, son tan insensatos que creen que los días del bien que esperan están ya presentes. Es la enfermedad propia de un alma ociosa y perezosa que infunde insomnio en un cuerpo envejecido. Para reprimir este relajamiento del espíritu y esta inclinación de los pensamientos, para fijar como con una especie de freno la inconstancia del alma, las Escrituras nos dan este grande y sabio precepto: “*Conócete a ti mismo*”. Es decir, cuida de no proometerte lo que no existe y, por el contrario, arregla el presente para tu bien (4).

Pero Basilio distingue también una significación más general de esta palabra que nos lleva al tema primitivo del conocimiento de sí mismo.

Es más fácil a cada uno de nosotros escrutar lo que se refiere a otros que observar lo que nos concierne personalmente. Para preservarnos de estos errores deja —dice la Escritura— de ocuparte de los males de otro, no dejes tiempo a tu imaginación para comentar sus miserias; pero atiéndete a ti mismo, es decir, vuelve la vista a tu propia alma para la investigación de tu propio corazón. No dejes de examinarte a ti mismo para ver si tu vida es conforme a los mandatos divinos. Pero guárdate de mirar las cosas del exterior para buscar materia de reproche contra alguno, a manera de aquel arrogante fariseo que se justifica él mismo y no tenía sino menosprecio para el publicano. Por el contrario, no interrumpas tu encuesta interior para ver si tú has pecado de pensamiento, si tu lengua no ha flaqueado para tomar la delantera a tu espíritu, si una acción imprudente no ha escapado a la obra de tus manos.

Basilio continúa mostrando que este método ofrece un remedio apropiado a todas las situaciones. Impide dejarse embriagar por el bienestar recordándonos la caduqueza de todas las cosas, ni abatir por las desgracias poniéndonos ante los ojos las retribuciones de más allá o solamente turbar por la tentación enseñándonos las leyes y fuentes de nuestra naturaleza. En suma, toda esta preocupación de nuestra alma, de la que el conocimiento de sí mismo constituye el mínimo, es el principio y fundamento de toda vida moral.

II. Reforma de sí mismo

Conocerse y observarse no es más que condiciones para vencerse. La dualidad de nuestra naturaleza nos obliga a escoger entre la vida animal y la vida superior. Así nuestro moralista nos invita a sostener valientemente el «combate espiritual».

¿Cuándo cesarás de engordarte y embrutecerte de carne? ¿Dejarás a tu alma perecer de inanición sin tener cuenta de las doctrinas saludables y edificantes de la doctrina de Cristo? ¿Ignoras que en una batalla los socorros que recibe uno de los adversarios son dañinos para el otro? Igualmente el que se liga a la carne trabaja contra el espíritu y el que se coloca al lado del espíritu reduce la carne a la esclavitud (5).

Entregándote a la carne te cuidas de reforzar lo peor que hay en ti. Si en una balanza cargas un platillo, vuelves al otro más ligero. Así sucede con el alma y con el cuerpo: la preponderancia de uno entraña forzosamente la disminución del otro. Cuando el cuerpo es rico y está cargado de gordura, el alma está necesariamente enflaquecida y débil en el ejercicio de su propia actividad. Por el contrario, cuando el alma está proporcionada y atiende por la práctica de la virtud a que sus dimensiones sean las convenientes, es natural que la buena catadura del cuerpo se marchite (6).

¿Quién, sin embargo, podría dudar de que el sacrificio de los apetitos corporales no es el programa esencial del Evangelio? El obispo de Cesárea no quiere tomar su partido de los términos medios.

Todo el mundo puede abrazar un estado de vida conforme a las máximas evangélicas; pero yo conozco pocas personas que cumplan exactamente todos los deberes de su profesión y que no se desvíen de ellos en muchas circunstancias. Hablar con sobriedad, tener los ojos puros, como lo exige el Evangelio; trabajar para gustar a Dios; componer su exterior y todos los movimientos de su cuerpo según el orden que el Señor ha establecido; ser modesto en sus costumbres y circunspectos en el trato con los demás hombres; comer por pura necesidad; despreciar lo superfluo donde quiera que se halle; todas estas cosas, consideradas aisladamente, parecen leves, pero es preciso grandes esfuerzos para practicarlas (7).

Tanto subraya la necesidad del esfuerzo como hace resaltar sus beneficios. «Lo que es adquirido con pena se le recibe con alegría y se le guarda con cuidado; por el contrario, un bien muy fácil de adquirir es juzgada su posesión de poco valor» (8). Con este punto de vista, que no desdeña hasta en los temas más serios, nuestro moralista, por el contrario, se afana en mostrar que la virtud es menos penosa que el pecado.

Hay que morir en el pecado, ser crucificado con Cristo, poner todo su amor en el Señor. Todo esto es difícil. ¿Qué es fácil en el orden del bien? No es durmiendo como se consiguen los trofeos:

no es entre delicias y al son de la flauta como se consigue la corona de los héroes. Las penas paren la gloria; por las fatigas se conquistan los laureles. Yo os digo a mi vez: *“Por numerosas tribulaciones entraremos en el reino de los cielos”* (Act. XIV, 21), porque estas tribulaciones son seguidas de la beatitud celestial, mientras que los actos del pecado tienen por término las tristezas y los suplicios del infierno.

Fijándose bien, en efecto, las obras del demonio requieren esfuerzo de los autores de iniquidades. La castidad requiere esfuerzo; pero el impúdico es el que se ahoga en la oleada del placer que le devora. ¿Resta la continencia al cuerpo tanta fuerza como la mala pasión cuyo furor le devora? Sí; los que se entregan a las vigiliass y plegarias pasan noches sin dormir, pero mucho menos duras que las veladas consagradas al pecado. Pues el miedo de ser sorprendido y la fiebre del placer estorban todo placer (9).

Si a pesar de todo la lucha es dura, el esfuerzo sincero tiene seguro el triunfo.

... Las esperanzas de los labriegos son a menudo seguidas de desengaños; las bellas apariencias de buenas cosechas no han alegrado más que su imaginación, y aquéllos que han tenido buen éxito, según sus deseos, tienen aún necesidad de abandonarse de nuevo a las esperanzas. Pero las personas que se dedican a adquirir piedad no se equivocan nunca en sus proyectos: el fin responde siempre a sus deseos y tendrán el cielo por recompensa (10).

III. Los cambios de la vida

Hay momentos, sobre todo, en los que aparecen las grandes alternativas que exigen firmes decisiones. El principal es el de la adolescencia.

Durante nuestra edad primera no estamos incluidos ni en el vicio ni en la virtud; pero cuando nuestra razón se desarrolla entonces se cumple lo que dicen las Escrituras: *“Con el precepto ha renacido el pecado”* (Rom. VII, 9). En este momento surgen los malos pensamientos que las pasiones de la carne engendran en

nuestra alma. Dichoso el que no se entretiene en el camino del pecado y al que un movimiento saludable ha conducido al buen camino.

Pero existen dos caminos distintos: uno amplio y fácil, otro estrecho y dificultoso. Cada camino tiene un guía que se esfuerza en atraer hacia él al viajero. Mientras somos niños buscamos el placer del momento sin ninguna ocupación por el porvenir. Ya adulto, con juicio desarrollado, el hombre ve la vida dividida entre el vicio y la virtud. Dirige sobre cada una de estas alternativas las miradas de su alma y aprecia sus diversas propiedades. En la vía del pecado resplandecen todos los placeres del momento presente; en la vía del justo sólo se muestran los placeres del más allá. En la vía de los elegidos, cuanto más austeras son las realidades presentes, tanto más bellas son las promesas futuras, mientras que en la fácil vía de la incontinencia no existe felicidad para el porvenir, sino sólo la presente. Por esto las almas padecen vértigo y se confunden con estos pensamientos. Cuando las almas piensan en la eternidad escogen la virtud, y cuando miran sólo al presente escogen los placeres. Esta desea el bienestar del cuerpo, aquélla la esclavitud de la carne; ésta la risa sin freno, aquélla las lágrimas abundantes. Pero el verdadero bien sólo se percibe por la razón y por la fe, mientras que los encantos del placer son inmediatos y procuran un estado feliz que se mete por los sentidos. Dichoso el que no se deja arrastrar por su parte por los atractivos de la voluptuosidad (11).

Si alguno ha tenido la desgracia de extraviarse, debe en seguida restituirse al buen camino. Después del deber de una buena orientación en la vida lo principal es la pronta conversión.

Una enfermedad inveterada del alma y un culto crónico del mal, son difíciles de curar. La cura se hace imposible completamente cuando la contumacia, como sucede a menudo, se transforma en naturaleza. Es preciso, pues, que no tengamos ningún contacto con el pecado; pero queda un segundo recurso que consiste en apartarse en el instante después de la experiencia como de un animal venenoso. He conocido desgraciados que se dejaron caer en el curso de su juventud en las pasiones carnales y han perseverado por costumbre en ellas hasta su vejez. Lo mismo que los

cerdos, a medida que se revuelcan en el lodo, más y más desean aquella sucia rociada, estos pecadores cargan todos los días con la vergüenza de nuevos pecados. Dichoso serás si no has pensado en el mal. Si por la astucia de tu enemigo sus consejos de impiedad penetran en tu alma, no permanezcas en el pecado. Si su daño acaba de apoderarse de ti, no permanezcas para siempre en él (12).

Es del mayor interés para nuestra alma.

Tengamos cuidado de no ahogarnos nosotros mismos. Si alguno ha dejado ya apoderarse por el pecado; si ha acumulado sobre él por injusticias el polvo de las riquezas y ha unido su espíritu a los cuidados terrenales; si ha ensuciado su naturaleza con la incontinencia o se ha cargado con otras faltas, mientras sea tiempo, antes que llegue su perdición completa, deseche lo más pesado de su carga antes de que la barca se hunda: que imite a los marinos con mercancías indebidamente almacenadas. Estos, en efecto, aunque lleven un cargamento de objetos necesarios, cuando surge en el mar una violenta tempestad que amenaza engullirse al barco por estar muy cargado se desembarazan rápidamente de la mayor parte de su carga. Con mayor razón debemos nosotros hacer lo mismo. Todo lo que tiran se pierde y se condenan por fuerza a la pobreza. Nosotros, por el contrario, cuanto más tiremos de este lastre perjudicial, más abundantes y preciosas riquezas almacenaremos en nuestra alma. La impureza y otras cosas parecidas perecen al punto en que son rechazadas y llegan, bajo la acción de nuestras lágrimas, a no ser nada, mientras que la santidad y la justicia toman sus puestos, antes de que una ola pueda tragarnos. A su vez las riquezas bien rechazadas no perecen cuando se las abandona; son recogidas por transportes seguros, que son el vientre de los pobres, y llegan así al puerto donde su propietario las encuentra de nuevo, no como un peligro de naufragio, sino como un honor (13).

¿No ha dicho el Evangelio que es preciso perder la vida para salvarla? En todo caso San Basilio hace a esta enseñanza un generoso eco.

IV. La práctica de las buenas obras

Fieles o convertidos, los hombres tienen todos la misma obligación de una santidad activa y perseverante. Nadie ha sido tan tentado por el quietismo como el obispo de Cesárea. Júzguese por la explicación que da en su comentario al salmo XIV del versículo Qui ingreditur sine macula et operatur justitiam.

¿Es el mismo sentido bajo dos expresiones sinónimas? Por el contrario, cada una de estas palabras tiene su significado propio. Aquel que en su corazón posee toda la perfección de la virtud es sin tacha; para hacer que la justicia actúe hay que perfeccionar todavía su conducta por los actos. En efecto, no basta con hacer actos justos, sino además cumplirlos con buena intención. Por esto el que obra sin tacha es perfecto en espíritu, y el que opera la justicia es, según la palabra del Apóstol (II *Tim.*, II, 15), el obrero inconfundible del Señor (14).

Estas buenas obras se imponen particularmente a título de reparación a los que han pecado.

Puesto que hemos pecado por el cuerpo, haciendo de nuestros miembros los esclavos del pecado para la justicia, confesemos también (nuestra fe) y sirvámonos de ella como de un instrumento para destruir el pecado. ¿Has injuriado? Bendice. ¿Has robado? Restituye. ¿Te has embriagado? Ayuna. ¿Has tenido orgullo? Humíllate. ¿Envidioso? Reza. ¿Has cometido homicidio? Sufre el martirio, o lo que es equivalente, aflige tu cuerpo con la penitencia (15).

Nuestro moralista procura precavernos contra la ilusión de una penitencia fácil.

Cuando hemos rezado un día, cuando hemos concedido a nuestros pecados una hora corta de tristeza, nos quedamos tranquilos, como si hubiésemos hecho en adelante la debida satisfacción a nuestras iniquidades. Pero el santo (Salmista) se muestra dispuesto a hacer durar su penitencia tanto como su vida, pues dice: *lo invocaré (al Señor) todos los días...* (16)

Por estas buenas obras requeridas para la salvación, es preciso comprender evidentemente la vida moral en su plena integridad. Basilio no rechaza el fideísmo pseudomístico para caer en el fari-seísmo.

“Mi boca cultivará la cordura y la meditación de mi corazón y respirará la prudencia” (Ps. XLVIII, 4). Según el Apóstol: “Por el corazón se cree y por la justicia y la boca se confiesa (la fe) para la salvación” (Rom., X, 10).

El cumplimiento de este doble deber constituye la perfección. Por esto el Salmo comprende a la vez a uno y a otro: acción de la boca y meditación del corazón. En efecto, si el bien no reposa primeramente en el corazón, ¿cómo podría la boca proferir el tesoro de sus palabras, si no lo poseía en el fondo de sí mismo? Si tiene buenos pensamientos dentro del corazón, sin divulgarlos por la palabra, se le podrá decir: *Sabiduría escondida y tesoro invisible, ¿qué tienen de bueno uno y otro?* (Ecl. XX, 32). Así, pues, que nuestros labios se consagren a la cordura para la utilidad de los otros y que nuestro corazón medite la prudencia para nuestro propio progreso (17).

Tal es el camino por el que es necesario penetrar y permanecer en él sin vacilación. «Pues una sola acción no basta para demostrar la perfección: los actos de virtud deben extenderse a la vida entera» (18). La falta de perseverancia comprometería los esfuerzos anteriores.

Todos los que seguimos el camino evangélico somos comerciantes que nos aseguramos por el cumplimiento de los preceptos la posesión del cielo. No es preciso, pues, adquirir en abundancia esta celeste riqueza..., pero también, una vez hecho nuestro acopio, conservarlo intacto en el camino de la vida. Muchos habían desde su juventud acumulado, pero al llegar a la mitad de la vida, cuando los espíritus malos excitan contra ellos las tentaciones, no han sabido, por falta de timón, afrontar la tempestad... Unos han naufragado en la fe, los otros han perdido su castidad al choque de un embate imprevisto. ¡Triste espectáculo el de luego de haber llevado una vida ruda, después de largo rezo y de abundantes

lágrimas, después de una continencia de veinte o treinta años, encontrarse despojado de todo por un instante de imprevisión! (19).

La práctica de las buenas obras, si es para Basilio un simulante del esfuerzo moral y una garantía de salud, no es nunca un premio a la suficiencia o a la presunción.

NOTAS

- (1) *Hexam.*, IX, 6.-P. G., t. XXIX; col. 204.
- (2) *Hom.* III, -P. G., t. XXXI; col. 197-218. El joven Belarmino alentaba con éxito su precoz elocuencia: «*Totam (concionem) —dice de sí mismo— fere desumpserat ex oratione Basilii in illud: Attende tibi. Sciebat enim in illo auditorio non multos esse qui furtum ex Basilio agnoscere possent*» Autobiografía, n.º 23.
- (3) *Ibíd.*, col. 201.
- (4) *Ibíd.*, 4-5; col. 205-209.
- (5) *Hom.* I, 9, -P. G., t. XXXI; col. 180.
- (6) *Hom.* III, 3; *ibíd.*, col. 204-205.
- (7) *Epíst.* CLXXIII, -P. G., t. XXIX; col. 56.
- (8) *Hexam.* III, 2, -P. G., t. XXIX; col. 56.
- (9) *Hom.* XIII, 7, -P. G., t. XXXI; col. 440.
- (10) *Epíst.* XVIII, -P. G., t. XXXII; col. 281-284.
- (11) *Hom. in Ps.* I, 5, -P. G., t. XXIX; col. 221 y 224. El tema de los dos caminos es clásico en la antigüedad cristiana.
- (12) *Ibíd.*, 6; col. 224-225.
- (13) *Hom.* XXI, 7, -P. G., t. XXXI; col. 552-553.
- (14) *Hom. I in Ps.* XIV, 2, -P. G., t. XXIX; col. 253.
- (15) *Hom. in Ps.* XXXII, 2; *ibíd.*, col. 325-328.
- (16) *Hom. in Ps.* CXIV, 2; *ibíd.*, col. 485.
- (17) *Hom. in Ps.* XLVIII, 2; *ibíd.*, col. 436.
- (18) *Hom.* I, *in Ps.* XIV, 3., col. 356.
- (19) *Hom.* XII, 16-17, -P. G., t. XXXI; col. 420-421.

SEGUNDA PARTE

MORAL INDIVIDUAL

CAPITULO PRIMERO

Educación del sentimiento religioso

Por ser Dios nuestro Soberano Bien, debe ser, por consecuencia, el primer objeto de nuestros deberes. Obispo que se dirigía a los fieles, San Basilio no tuvo necesidad de demostrar esta verdad. Pero esta orientación de la vida, una vez adquirida, hay que perfeccionarla haciendo más espontánea la virtud de la religión en su ejercicio y más fecunda en sus frutos.

I. Conocimiento de Dios

Nuestro primer deber para con Dios, es conocerlo, o más exactamente, reconocerle. Los místicos de todas las edades han tratado de diversas maneras el Itinerarium mentis ad Deum. San Basilio escoge los caminos más simples. «El Universo es la academia de las almas razonables y la escuela de la ciencia divina. El espectáculo de los seres visibles y sensibles conduce como por la mano el espíritu a la contemplación de lo invisible» (1). Así el obispo de Cesarea se aplica con amor a comentar la obra de los seis días. «Cada vez que cojo en mis manos su Exameron —decía su amigo Gregorio— me acerco a Dios, conozco las leyes de la creación y admiro al Creador más que antes, cuando no tenía más maestro que mis ojos» (2).

En efecto, por familiarizado que se muestre con los problemas especulativos suscitados por los orígenes, su elocuencia se transforma siempre en himno de religiosa adoración.

Dejando a los filósofos refutarse mutuamente sus problemas contradictorios, renunciemos a discurrir sobre la esencia de las cosas, y como fieles discípulos de Moisés, glorifiquemos al gran artífice de estas obras sabias y sutiles. Que la belleza de las cosas visibles nos haga concebir al que está por encima de todas las bellezas. Que la grandeza de estos cuerpos, sensibles y limitados, nos dé por analogía alguna noción del que es inmenso e infinito, y cuyo poder, sin límites, supera a toda suposición. Sin duda ignoramos la naturaleza íntima de los seres; pero lo que de todas partes cae sobre nuestros sentidos, es tan admirable que el espíritu más penetrante que se aplicaría a la más pequeña de las criaturas de este mundo, es incapaz, ora de explicar como se debe, ora de rendir a su autor el elogio que merece (3).

Con más razón, este «microcosmos» que es el hombre canta la gloria de su autor.

Una atenta consideración de tu naturaleza te conducirá a un conocimiento suficiente de Dios. Si cuidas de ti mismo no tendrás necesidad de buscar el demiurgo en el aparato del Universo: en ti mismo, como en una especie de admirable resumen, descubrirás la gran sabiduría del Creador.

Por el alma incorpórea que en ti habita, comprende que Dios no tiene cuerpo y que no está circunscrito en un sitio, pues tu espíritu sólo está fijo en un puesto por su contacto con el cuerpo. Cree que Dios es invisible considerando tu alma, que no puede ser percibida por los ojos de la carne. Ella, en efecto, no tiene ni color ni figura ni ningún otro carácter corporal: sólo sus energías la dan a conocer. No esperes, pues, conocer a Dios con la vista, sino que debes aplicar tu corazón y tu fe, que te darán una noción espiritual. Admira al obrero que ha sabido unir al cuerpo las virtudes del alma, de tal manera, que se extiende hasta las extremidades y reúne los miembros más alejados en la comunidad de una misma vida. Considera las potencias dadas por el alma al cuerpo y la simpatía que vuelve del cuerpo al alma, cómo el cuerpo recibe la vida

del alma y el alma los dolores del cuerpo, cómo se forma el depósito de nuestros conocimientos, cómo las percepciones nuevas, lejos de oscurecer las que le han precedido, son conservadas distintamente por la memoria y grabada en la parte principal del alma como sobre una columna de bronce. Mira cómo ante los golpes de las pasiones de la carne pierde su belleza propia, cómo purificada de esta mancha, encuentra por la virtud su parecido con Dios.

Después de haber contemplado el alma, aplícate, si te place, a la estructura del cuerpo y admira cómo el artista soberano ha hecho el domicilio apropiado de un alma razonable. Es el único de todos los animales el hombre que ha sido hecho para andar de pie. La cabeza, que ocupa el extremo, es el asiento de los principales sentidos. Aunque comprimidos en un espacio estrecho, ninguno estorba la acción del vecino. Los ojos han sido colocados en un observatorio elevado de manera que el resto del cuerpo nunca pueda serles obstáculo... Por el contrario, el oído no está abierto de frente, pero recibe los sonidos en el fondo de un camino tortuoso. Así la voz pasa repercutiendo a través de las anfractuosidades y ningún cuerpo extraño puede molestar al sentido. Aprende a conocer la lengua, tan móvil y flexible, capaz de ser suficiente por sus movimientos a todas las necesidades del lenguaje. Considera a los dientes órganos de la palabra por el apoyo que prestan a la lengua y como instrumentos de alimentación. Si recorres así todos los órganos con un razonamiento advertido, el aparato respiratorio de los pulmones y la conservación del calor por el corazón y los órganos de la digestión y los canales de la sangre, percibirás en todo la sabiduría incomprensible del Creador (4).

Mas para que el hombre y el mundo nos hablen este lenguaje, es preciso añadir a los datos superficiales de la ciencia las superiores claridades de la fe. Esto es lo que da a la Biblia un valor incomparable.

Si alguna vez, en la calma de una noche serena, contemplando la inefable belleza de las estrellas, has dirigido tu espíritu hacia el obrero de todas las cosas, preguntándote quién ha sembrado el cielo con aquellas flores y cómo los objetos visibles tienen más utilidad aún que encanto; si tu razón se detiene ante las maravillas

del día para buscar entre los seres visibles una idea de su invisible aurora, entonces estás presto a comprender.

Allí verás el primer origen del hombre y la muerte, que nos aprehende al mismo tiempo. Te reconocerás tú mismo criatura de barro, sin duda, pero obra de manos divinas; inmensamente más endeble que los animales, pero constituido jefe de seres animados e inanimados; inferior por tu constitución física, pero capaz de elevarte al cielo por el poder de tu razón. Al conocer estas verdades conoceremos a nosotros mismos y conoceremos a Dios y lo adoraremos como a nuestro Creador; le serviremos como a nuestro dueño; lo respetaremos como a nuestro bienhechor y no cesaremos de honrarle como el principio de nuestra vida presente y futura...

Si tales son los bienes efímeros, ¿cómo serán los eternos? Y si el mundo visible es tan bello, ¿qué diremos del invisible? Si la extensión del cielo sobrepasa las medidas de la inteligencia humana, ¿qué espíritu podrá comprender nunca la naturaleza de la eternidad? Si el sol, sometido a la corrupción, es tan grande y bello; a la vez rápido en sus movimientos y regulado en sus períodos; de una masa tan bien medida que está en proporción con el resto del universo, y de una belleza que parece un ojo resplandeciente para el ornamento de la creación; si nunca nos cansaríamos de admirarlo, ¿cómo será, pues, el esplendor del sol de la justicia? Si para el ciego es un gran daño estar privado de la vista, ¿cuál no será la pérdida del pecador privado de la verdadera luz? (5).

Resulta que todo habla de Dios al que penetra en las «maravillas de la creación». Pero Basilio es muy filósofo para no señalar cómo este conocimiento resulta inadecuado y que la mayoría de nuestras expresiones relativas a la divinidad son adaptaciones de la experiencia humana.

Tanto como elevarse hasta el ser divino, la religión tiene el deber de proclamar su trascendencia.

Pensar en Dios sin cesar es una cosa piadosa y de la que el alma religiosa no se sacia jamás; pero explicar por medio del discurso los misterios divinos es una empresa muy osada. Nuestro espíritu está muy lejos de alcanzar aquí la dignidad del objeto, y además nuestra palabra expresa los conceptos de forma muy

imperfecta. Si, pues, nuestra inteligencia es vencida por la grandeza de la realidad, y si nuestra palabra permanece inferior a la inteligencia misma, ¿cómo no condenarnos al silencio para no hacer sufrir a nuestra teología los defectos de nuestra expresión? El deseo de glorificar a Dios es naturalmente innato en toda alma razonable; pero todos son igualmente incapaces de hacerlo dignamente. Diferenciaremos, sin duda, las unas de las otras por el ardor de nuestra piedad; pero nadie es tan ciego o iluso que crea haber llegado al fondo de la esencia divina. Por el contrario, cuanto más aumente la ciencia, más se tendrá conciencia de la propia debilidad (6).

A propósito de su controversia con Eunomios, Basilio insiste a menudo sobre la relatividad de nuestros conceptos teológicos. Nos basta con retener aquí el principio que marca los límites de este conocimiento religioso, facilitado, por otra parte, por tantos medios.

II. Servicio de Dios

No se puede conocer a Dios sin considerarle como señor y penetrarse a la vez de la obligación de servirle.

“*Rendid a Dios gloria y honores*” —dice el Salmo. ¿Cómo nosotros, que somos tierra y ceniza, podemos rendir gloria a un ser tan poderoso? Y ¿cómo honrarle? Le rendiremos honores por nuestras buenas obras, las cuales brillan ante los hombres, para invitarles a glorificar a nuestro Padre, que está en los cielos. Igualmente, por la conciencia, y por una santidad digna de los que profesan la verdadera fe, nos es posible rendir gloria a Dios.

Uno rinde ahora honores a Dios y, según el proverbio, lo honra por sus trabajos justos y le ofrece las primicias de los frutos de su justicia. Igualmente, el que razona como debe acerca de Dios, de manera a hacerse una idea justa del Padre, así como de la divinidad del Hijo y de la gloria del Espíritu Santo, le rinde gloria y honor. Aumenta esta gloria el que puede explicar de la manera como han sido creadas todas las cosas, las cuales son conservadas por la acción de una providencia que descende hasta los

más pequeños detalles, que serán traducidos en juicios al final de la economía presente. El que es capaz de contemplar todas las cosas con una razón serena y clara, puede, después de esta contemplación personal, explicar a los otros los misterios de la bondad de Dios y de sus justos juicios; éste rinde a Dios gloria y honor, e igualmente armoniza su conducta según esta contemplación (7).

Basilio ama esta función religiosa de la inteligencia unida a la virtud. Pero no descuida por esto las acciones ordinarias que están al alcance de todos.

“*El elogio está siempre en mis labios*”. El salmista parece prometer aquí una cosa imposible. ¿Cómo, en efecto, el elogio de Dios puede ser incesante en los labios del hombre? Cuando se trata de los asuntos comunes de la vida, el elogio divino no está en su boca. Cuando duerme, guarda un silencio completo. Al comer y al beber, ¿cómo puede nuestra boca elogiar a Dios? A lo que respondemos que el hombre interior tiene una boca espiritual por la cual se alimenta de la palabra de vida. Se puede, pues, decir que el pensamiento de Dios, impreso una vez y como grabado sobre la parte principal del alma, es un elogio a Dios que no cesa nunca; pero, además, siguiendo el consejo del Apóstol, el alma ferviente puede hacer por la gloria de Dios de manera que todas sus acciones, todas sus palabras, todas las fuerzas de su actividad razonable tomen los caracteres de un elogio; ya coma, ya beba, el justo hace todas las cosas para la gloria de Dios. Cuando duerme, su corazón vela (8).

Este servicio de Dios es nuestro deber esencial y además la fuente de nuestra felicidad.

Dichoso el que se regocija con los beneficios de esta vida y pone en Dios su gloria... Muchos se glorifican de su cuerpo, porque están habituados al ejercicio de la gimnasia o se encuentran en la flor de su edad. Otros, orgullosos de sus glorias militares, ponen la virtud en la muerte de sus semejantes... Son los que se glorifican de haber fortificado una ciudad. Otros, por la construcción de un acueducto o de vastos edificios. Este pone su fortuna

en sostener gladiadores; aquél está orgulloso de sus riquezas; tal otro, porque es un orador hábil o invencible o muy versado en las cosas del mundo. Todos son motivo de gloria que merecen, sobre todo, piedad. Dichosos los que hacen de Dios la fuente de su gloria. Si un hombre se vanagloria porque es el servidor de un rey y juzga un gran honor tal hecho, con cuánta mayor razón puedes tú gloriarte de ser el servidor de un gran Rey (9).

¿Hace falta añadir que en estas altas perspectivas importa poco el género de servicio que se nos ofrece?

Nos basta por toda dignidad el ser llamados servidores de tal amo. Los que están al servicio del rey, ¿pueden hacer prevalecer que están afectos a tal o cual función? Entonces, ¿el que está juzgado como digno de servir a Dios necesitaría buscar otros títulos de gloria, como si el nombre de su dueño no fuera suficiente para llenarlo de honor y gloria? (10)

El servicio de Dios así entendido sobrepasa, evidentemente, la esfera de la obediencia servil para elevarse a aquellas regiones más altas y más puras, donde el sentimiento religioso encuentra su plena lozanía.

III. Posesión y amor de Dios

Al alma que sirve a Dios fielmente, el cristianismo propone por término el amor. Sin embargo, no accede de ordinario sino después de haber pasado por grados inferiores.

Puesto que el temor de Dios es el principio del sentimiento, es preciso primeramente instruir a los que tienen pensamientos terrenos. El temor, en efecto, debe necesariamente preceder a título de introducción a la piedad; la caridad, que le sigue inmediatamente, perfecciona a los que el temor educativo había precedentemente dispuesto (11).

Este movimiento de amor que nos conduce hacia Dios es menos el resultado de una conclusión racional que el fruto de la experien-

cia. Antes que Pascal, el obispo de Cesarea sabe que Dios es, sobre todo, «sensible al corazón».

“Gustad y ved cómo es dulce el Señor”. A menudo hemos observado que las facultades del alma son designadas por los mismos nombres que los miembros del cuerpo. Puesto que Nuestro Señor es verdadero pan y su carne verdadero alimento, es lógico que el placer de gozar nos sea dado por un gusto espiritual. Si tratáramos de hacer comprender la naturaleza de la miel a los que no la conocen, las palabras servirían menos que la sensación del gusto. Así la excelencia del Verbo Divino no puede ser claramente explicada por lección alguna si, después de un largo estudio de las enseñanzas de la verdad, las cogemos nosotros mismos por nuestra propia experiencia. Gustad —dice— y no saciaros. En efecto, nosotros no conocemos sino en parte, y vemos la verdad como a través de un espejo; pero vendrá un día en que la prenda presente y el gusto de la gracia se cambiarán en una perfecta alegría (12).

Por deficiente que sea esta experiencia presente, no es menos real y a nadie le está vedada.

Si alguna vez una especie de luz cayendo sobre tu corazón te ha dado de repente la visión de Dios y ha iluminado tu alma de manera que la haga amar a Dios y menospreciar el mundo, como también todas las cosas corporales, esta imagen oscura y pasajera puede hacerte comprender el estado de los justos que gozan en Dios de una felicidad tranquila y sin fin. Esta alegría te es proporcionada por la providencia de Dios, para que este pequeño sabor te recuerde los bienes de que has sido privado (13).

También a título de gusto anticipado, el amor de Dios tiene para nuestro corazón un encanto y una fuerza que sobrepasan a todo otro amor.

“Tus flechas son agudas”; las almas fieles se resienten de la herida y dos veces inflamadas por un amor soberano hacia Dios gritan con la esposa: “Estoy herido de amor” (*Cant.* II, 5). Indecible e inefable es la belleza del Verbo, el relumbrar de la sabiduría y la forma de Dios en su imagen. ¡Bienaventurados, pues, los ávidos contempladores de la verdadera belleza!

Como atados a ella por el afecto de su corazón, rebosantes de amor celeste, olvidan a sus amigos y a sus parientes, sus casas y sus bienes. Además, descuidando las necesidades corporales de comer y beber, sólo son retenidos por el puro amor divino (14).

¿Cómo el amor no engendraría la confianza, a menos que no la suponga? «Lo mismo que sólo se debe adorar a Dios, así nos es preciso colocar solamente en El la esperanza» (15). La vida de un gran número es a este respecto un mentís fragante dado a sus palabras.

Muchos pueden decir: “Dios, nuestro Refugio y Señor, sois nuestro asilo”; pero decirlo con el espíritu del Profeta sólo sucede a un pequeño número. Raros, en efecto, son aquellos que, lejos de admirar las cosas humanas, dependen enteramente de Dios, no respiran más que por El y colocan en El todas sus esperanzas y confianzas. Nuestra conducta nos condena cuando en nuestras aflicciones recurrimos a todo antes que a Dios. ¿Está enfermo tu hijo? Buscas en todas partes el mago o cualquiera que ataque con vanos remedios a tu hijo enfermo, o vas al médico y a los remedios, con desprecio del único que puede salvarte. Si un sueño te ha lanzado a la turbación, corres a casa del hechicero. Y si tienes un enemigo, buscas un protector entre los hombres. En suma, en cada necesidad tú estás convencido de nombrar a Dios, tu refugio, con los labios, pero en realidad buscas recursos en cosas inútiles y vanas. Sin embargo, para el justo Dios es el verdadero socorro (16).

Penetrada así el alma de esta fe, encuentra su felicidad.

Afrentas, daños, lutos no llegarán a ella y no rebajarán su altura para que sienta los accidentes de aquí abajo... En una palabra, el alma que una vez es poseída por el deseo del Creador y que tiene el hábito de buscar su placer en sus encantos, no querrá cambiar esta alegría y sus deleites por la móvil diversidad de las afecciones carnales. Por el contrario, lo que para otros es motivo de pena, será para él un suplemento de bienestar (17).

Es posible —y probable— que todas las almas no sean capaces de elevarse hasta la cumbre; pero Basilio, en la tradición del misticismo cristiano, no teme hacérselas entrever .

NOTAS

- (1) *Hexam.*, I, 6. -P. G., t. XXIX; col. 16. Cf. *Hom.* IV, 2. -P. G., t. XXXI; col. 221.
- (2) Greg. Naz., *Panegírico de San Basilio*, 67. -P. G., t. XXXVI; col. 585.
- (3) *Hexam.* I, 11; col. 28.
- (4) *Hom.* III, 7-8. -P. G., t. XXXI; col. 213-217. Cf. *Hexam.* IX, 6. -P. G., t. XXIX; col. 204-208. Este tema se encuentra también en Sócrates, Cicerón y otros varios.
- (5) *Hexam.* VI, 1; *ibíd.*, col. 117 y 120.
- (6) *Hom.* XV, 1. -P. G., t. XXXI; col. 464.
- (7) *Hom. in Ps.* XXVIII, 2. -P. G., t. XXIX; col. 284-285. Por el contrario, el pecado es un deshonor infligido a Dios y una glorificación de Satán. Basilio desarrolla el contraste en términos que recuerdan la célebre meditación de San Ignacio sobre los «Dos estandartes». *Ibíd.*, col. 285-288.
- (8) *Ibíd.*, I; col. 353.
- (9) *Hom. in Ps.* LXI, 4; *ibíd.*, col. 476-477.
- (10) *Hom. in Ps.* XXXIII, 2; *ibíd.*, col. 356.
- (11) *Hom. in Ps.* XXXII, 6; *ibíd.*, col. 337. Cf. *Hom.* XII, 4. -P. G., t. XXXI; col. 393.
- (12) *Hom. in Ps.* XXXII, 1; *ibíd.*, col. 324.
- (13) *Hom. in Ps.* XXX, 6. -P. G., t. XXIX; col. 364 y 365.
- (14) *Hom. in Ps.* XLIV, 6; *ibíd.*, col. 401. Cf. *ibíd.*, col. 396.
- (15) *Hom. in Ps.* VII, 2; *ibíd.*, col. 232.
- (16) *Hom. in Ps.* XLV, 2; *ibíd.*, col. 417. Cf. *Hom. in Ps.* XXXII, 3; col. 328-329.
- (17) *Hom.* IV, 2. -P. G., t. XXXI; col. 221.

CAPITULO II

Formación de la inteligencia

En vista de la formación religiosa del alma, ¿cómo no contar con las obras del espíritu humano, sobre todo con aquellas que el talento de sus autores y una larga tradición imponen a la justa admiración de todos? El problema de las relaciones entre el cristianismo y la cultura literaria o científica es de todos los tiempos. Debió estar particularmente vivo en la época en que el helenismo estaba todavía en plena actividad. Hubo siempre espíritus exagerados para predicar en nombre de la Fe la exclusión de la sabiduría profana. Esta tradición rigorista de Tertuliano tenía un representante en el siglo XIV, pero San Basilio debía mucho a la civilización griega para no hacerle justicia. Su firme buen sentido, su moderación nativa y el cuidado de las almas que le animaban en todo momento, todo le dictaba una actitud conciliadora que tendía, no solamente a establecer entre la educación cristiana y la cultura clásica un acuerdo, sino a utilizar una en provecho de la otra.

I. Papel de la literatura profana

Todo hombre razonable convendrá en que de todos los bienes a nuestro alcance la ciencia es el principal. No me refiero solamente a esta ciencia más noble que es la nuestra, que desdeña la elegancia y el brillo de los discursos para referirse únicamente a la

salud y a la belleza de las ideas, sino a la del exterior, que muchos cristianos mal inspirados desprecian como pérvida, dañosa y propia para alejarnos de Dios... De ésta hemos guardado lo que concierne a la busca y contemplación de lo verdadero; pero lo que conduce a los demonios, al error y a la ruina lo hemos separado. Incluso estos errores que pueden servir a la piedad haciéndonos comprender el bien por contraste con el mal, prestando su debilidad a la fuerza de nuestra doctrina. El saber no es, pues, digno de ser condenado como algunos les place decir: los que sostienen este sentimiento, son, por el contrario, ciegos e ignorantes que querrían que todo el mundo se les pareciera para ocultar en la masa su insuficiencia personal.

En ninguno otro punto ha mostrado Basilio semejante fervor de humanidad; pero estas palabras calurosas que San Gregorio pronunciaba en el panegírico de su ilustre amigo, responden bien a sus sentimientos: «Todo hombre que ama a Dios —escribía a dos de sus jóvenes discípulos— tiene naturalmente inclinación por el estudio». Existe, sin embargo, una falsa ciencia y hay que ponerse en guardia contra sus pretensiones.

Desde el momento que la adquisición del saber entra en la educación, según lo que escribió Moisés (Act. VII, 22), importa mucho para la salud no desperdiciar ningún conocimiento y reconocer lo que ofrece la mayor utilidad. Algunos, en efecto, por haberse entregado a la Geometría que inventaron los egipcios, o la Astrología, a la que los caldeos rodeaban de tantos honores, o a cualquier otra de estas altas especulaciones sobre las apariencias y las sombras, acaban por dañar la ciencia que viene de los Oráculos divinos. Igualmente la Poesía, la Retórica, la Sofística han extraviado a muchos. Su materia es la mentira, pues la Poesía no puede sostenerse sin la fábula, ni la Retórica sin los artificios del lenguaje, ni la Sofística sin los paralogismos. Puesto que el aproximamiento a estas clases de estudio fue para muchos motivo de abandono de la ciencia de Dios y de envejecer en vanas investigaciones, es indispensable usar el discernimiento en materias de educación de manera que se escoja la ciencia útil y se evite la que sería inútil o funesta (1).

Para ayudar en este discernimiento a los jóvenes de las escuelas, Basilio escribía su célebre tratado A los jóvenes, sobre la manera de leer con fruto las obras de los griegos (2), verdadero testamento de su experiencia pedagógica.

No os asombréis vosotros los que veis todos los días a vuestros maestros y que frecuentáis los más ilustres ancianos por medio de las obras que nos han dejado, si afirmo haber encontrado en mí mismo algo más importante. Yo os acabo de dar el consejo de no abandonaros a esos hombres de una vez para siempre, como si se tratara de una barca, el gobierno de vuestra inteligencia, hasta el punto de seguirles por cualquier punto que os condujeran. Tomad de ellos todo lo que pudiera servirlos, pero sabed también a lo que hay que dar de lado.

Jóvenes, la vida presente del hombre es absolutamente una cosa insignificante. Fuertes en esta convicción, ni en nuestro pensamiento ni en nuestro lenguaje no tenemos por bien lo que puede solamente procurarnos cualquier ventaja aquí abajo. Gloria de los antepasados, fuerza del cuerpo, talla, belleza, honores discernidos por los hombres, el imperio mismo o cualquier otra grandeza humana, nada de esto vale que se le desee ni que se preste atención a los que lo poseen. Nuestras esperanzas van más lejos y todo nuestro esfuerzo se encamina hacia la otra vida. Lo que puede sernos útil en ésta, he aquí lo que es necesario amar y perseguir con todas las fuerzas. Todo lo que no conduzca a tal fin es sin valor y no merece sino menosprecio.

Sobre la base de esa noble espiritualidad, Basilio establece seguidamente sus direcciones espirituales.

A esta vida nos conducen las santas Escrituras con sus misterios instructivos. Pero vuestra edad no os permite todavía penetrar las profundidades de su significación. En tanto, tenemos otros escritos más accesibles, como especies de sombras y de espejos en los que el ojo del alma puede ejercitarse. Con esto imitamos a los que se entregan al ejercicio militar; los movimientos y los saltos les dan una agilidad que les es provechosa en los combates. Nosotros tenemos también que librar un combate, el más grande de todos, y cuya preparación pide todos nuestros esfuerzos. Es

necesario, pues, servirnos de los poetas, de los historiadores, de los oradores, de todos aquellos, en una palabra, que pueden prestar algún servicio a nuestra alma. Lo mismo que los tintoreros hacen sufrir a la tela ciertos preparativos para darle después el color deseado, así, si nosotros queremos guardar indeleble el brillo del bien, tendremos primeramente que iniciarnos en esta profana cultura para elevarnos en seguidía a las doctrinas sacras y misteriosas de la fe. Habitados a ver el sol en el agua, nuestras miradas se aproximan así al foco luminoso. Si un cierto parecido aparece entre estas doctrinas (y nuestros dogmas), su conocimiento nos será manifiestamente muy útil. En caso contrario, poniendo en parangón sus diferencias nos sirve grandemente para consolidar la mejor.

¿Queréis una imagen de la relación que existe entre esas dos ciencias? La naturaleza propia de un árbol es la de cubrirse de frutos en su tiempo; sin embargo, también es hermoso ver las hojas que se agitan en sus ramas. Así la verdad es el fruto esencial del alma, pero hace bien a su gracia el revestimiento de sabiduría profana, que, como una especie de follaje, da al fruto sombra protectora y agradable aspecto.

II. Algunas aplicaciones

De estas generalidades el autor pasa a las explicaciones siguiendo las principales ramas de la literatura.

Primeramente, las obras de los poetas son muy diversas para merecer un estudio metódico. A los que cuentan las acciones o las palabras de los hombres de bien, es preciso que nos aproximemos con amor para parecernos a ellos lo más posible. Pero de aquellos que sus héroes son unos viciosos, guardémonos de imitarlos y tapémonos las orejas tal como dicen que hizo Ulises para no oír las voces de las sirenas (3). El hábito de los malos discursos es como un camino que conduce a los actos. Por esto hay que guardar el alma con mucho cuidado por miedo a que el encanto de las palabras no le comunique a nuestra ignorancia cualquier impresión mala, como sucede con los que beben venenos disimulados en la miel. Nos guardaremos, pues, de elogiar a los poetas cuando

se entreguen a las injurias o a los placeres, cuando cantan al amor o a la embriaguez, cuando reducen la felicidad a una mesa copiosa o a cantos disolutos. Todavía menos atención hemos de prestarles cuando hablen de los dioses...

Otro tanto digo de los historiadores, sobre todo cuando buscan satisfacer a sus lectores con ficciones. No imitaremos nunca de los oradores su arte de mentir... Pero aprobaremos los pasajes en que ensalcen la virtud o flagelen el vicio. Mientras que la mayoría de los seres no aprecian en las flores más que su perfume o sus colores, las abejas saben extraerle la miel; igualmente los que no se contentan con buscar en sus obras el encanto de la forma y encuentran para su alma una utilidad real... No se posan por igual en todas las flores; no buscan en todas, sino que sólo algunas les entretienen... Igualmente nosotros, si somos cuerdos, buscaremos en estos autores todo lo que nos convenga por sus afinidades con la verdad y dejaremos el resto... Escojamos las rosas y sepamos evitar las espinas; de los escritos profanos sepamos también escoger las partes útiles y guardarnos de los elementos perjudiciales. Puesto que nosotros hemos de marchar siempre por el camino de la virtud y los poetas la han ensalzado muchas veces, lo mismo los historiadores, y más aún los filósofos, debemos aplicarnos a este género de escritos. Grande, en efecto, es el provecho de que el alma de los jóvenes contraiga como una familiar costumbre la virtud.

Luego de recordar con complacencia cómo Hesiodoro describe los rudos senderos del bien que resultan fáciles para los que los emprenden animosamente; cómo «Homero, sobre todo, hace de su obra entera un elogio de la virtud (4); ¿no es así el único bien que quedó a Ulises en su naufragio y que bastó para hacerle obtener el respeto? Este ejemplo es evidentemente una invitación a trasponer toda la poesía homérica por un sistema de simbolismo moral. Máximas de Solón y de Theognis vienen aún a apoyarle. Visiblemente satisfecho de ceder la palabra a estos predicadores de fuera, Basilio recuerda según el sofista Prodicos —«hombre considerable», dice— el mito de las dos mujeres que se presentaron a Hércules adolescente. En una palabra, lo que hay que pedir a los clásicos es la ciencia del bien (5).

Casi todos los que han adquirido algún renombre de sabiduría, más o menos, según la medida de las fuerzas de cada uno, han consignado en sus escritos elogios de la virtud. Es necesario escucharlos y traducir sus lecciones en actos de nuestra vida. El que acopla su conducta a los preceptos de filosofía promulgados por los autores, *sólo aquél es sabio; los otros son sombras que revolotean*. Y esto me recuerda el caso del pintor que, habiendo reproducido cierto trazo sobresaliente de belleza humana, fuera en realidad como el sujeto representado por su cuadro. Conceder en público magníficos elogios a la virtud y consagrarle largos discursos, mientras que en privado se prefiere el placer a la continencia o la riqueza a la justicia, es una conducta que recordaría a los actores en la escena; aparecen a menudo como reyes o príncipes, mientras que no son en realidad ni lo uno ni lo otro, y a veces ni siquiera hombres libres. Un músico no soportaría una lira destemplada ni un maestro de coro cantores con las voces discordantes. El supremo grado de injusticia, si hay que creer a Platón, es el parecer justo sin serlo. He aquí cómo hay que leer los escritos que nos enseñan el bien.

Al lado de los preceptos, los ejemplos. El humanismo de Basilio es lo bastante generoso para hacer extensiva a los héroes la admiración y la imitación que recomienda respecto a los autores.

Sucede igualmente que las buenas acciones de los antiguos nos son transmitidas por las tradiciones orales o conservadas por las obras de los poetas o de los historiadores. No dejemos perder el provecho. Un hombre del pueblo injuriaba a Pericles y éste no hacía caso alguno. Y la escena se prolongó todo el día: el uno multiplicando sus injurias sin que el otro hiciera caso. Al anoecer, como al individuo le fuera penoso encontrar el camino en la oscuridad, Pericles cogió una antorcha para acompañarle; no había querido perder el fruto de los ejercicios por él consagrados a la filosofía. Euclides tenía un enemigo que le había amenazado de muerte, y aquél, en cambio, juró apaciguarle y convencerle para que no le quisiera mal. ¡Cuán útil sería grabar en la memoria cualquiera de estos ejemplos a los que se dejan arrastrar por la cólera!

También Sócrates soporta sin inmutarse las bofetadas de un borracho. Basilio está lejos de disminuir la significación de estos hechos.

Desde el momento en que estos rasgos coinciden casi con los nuestros, digo que tales hombres merecen ser imitados. El ejemplo de Sócrates ¿no es hermano del precepto (evangélico) que dice que al que nos pegue en un lado de la cara hay que presentarle el otro en vez de tomar venganza? Los de Pericles y Euclides nos recuerdan que debemos soportar a los que nos persiguen y oponer la dulzura a la violencia, y además que debemos desear bien a nuestros enemigos en vez de maldecirlos. Cuando se está previamente instruido en estas cosas no nos sentimos más tentados de considerarlas como imposibles.

... Vuelvo a lo que decía al principio. Es preciso no tomar indistintamente, sino escoger lo que nos es útil. Sería una vergüenza evitar los venenos sin tener en cuenta las lecciones que pueden alimentar nuestra alma y tragarse, a la manera de un torrente, todo lo que encuentra a su paso.

Un piloto no se abandona al viento, sino que dirige su barca hacia el puerto; un arquero apunta al blanco; el más insignificante herrero o carpintero persigue el fin de su arte.

¿Hay que suponer que las artes manuales tienen sus leyes mientras que la vida humana no tiene un blanco, en vista del cual deberá dirigir sus acciones cualquiera que no desee parecerse a las bestias sin razón?

Sobre esta pendiente de la dirección moral; Basilio no pierde de vista la antigüedad. Se complace en recordar con cuánto cuidado cada uno de los concurrentes se preparaba para los grandes juegos. Impulsión vigorosa que le aseguraba la palma y que debe servirnos de modelo.

Puesto que he hablado de coronas, dejadme recordar cómo los atletas se imponen muchas penas para aumentar su vigor por todos los medios (6). Deben fatigarse mucho en los ejercicios de gimnasia y a menudo recibir golpes y someterse a un régimen severo prescrito por los maestros: antes de la lucha su vida entera es una repetición de la lucha. Y, por último, se desnudan para

entrar en el estadio y correr toda suerte de fatigas y de peligros. Todo esto con el fin de recibir una corona de olivo o cosa parecida y ser proclamado vencedor por el heraldo. Y nosotros, que podemos obtener al final de la vida coronas cuyo número y precio escapa a lenguaje humano, si cerramos nuestros oídos y llevamos una conducta relajada, ¿pensaremos alcanzar la palma? Esto sería un premio a la pereza, y Sardanápalo habría encontrado mejor que nadie el secreto de la felicidad. ¿No es más cierta la frase de Pittacos, que decía: es difícil ser bueno? Nos es preciso, en realidad, afrontar multitud de penas para alcanzar estos bienes de los que yo decía que no tienen análogos en las cosas humanas. Cuidemos de no abandonarnos y cambiar por el descanso de un momento grandes esperanzas.

Se ve cómo fue completa en San Basilio la fusión del espíritu cristiano con la cultura profana. No solamente se nos muestra como hombre de gusto que conoce los clásicos y que gusta de citarlos, sino que los convierte en cristianos y no desdeña hasta en la expresión del ideal evangélico las reminiscencias oportunas y el estilo mismo del escritor.

III. Papel de las Sagradas Escrituras

¿Quién podría, sin embargo, disimular que esta simpatía no tiene algo de condescendencia? Es que hay para el cristiano una fuente superior de luz, suficiente, en rigor, por ella misma, y en todo caso siempre necesaria, que le permite escoger con discernimiento, purificar y transformar los datos subsidiarios que cree deber tomar a los otros. San Basilio no deja de hacer ver con su estimación por las sagradas letras el sitio preponderante que él les reserva en la alimentación religiosa del espíritu (7).

La meditación de la Santa Escritura es el medio mejor que puede emplearse para conocer la verdad del deber. Se encuentra la regla de las acciones que se está obligado a practicar: las vidas de santos que se describen sirven de luces para mostrar el camino que conduce a Dios y para reglamentar la vida según sus máximas, con los ejemplos que nos dejaron. Cuando hemos recono-

cido en qué nos apartamos de estos modelos, es necesario aplicarse a adquirir la perfección que nos falta, buscando en las Escrituras como en un libro de medicina universal remedio a todos los males que nos acosan.

Un hombre que ame la templanza no tiene más que leer con atención la historia de José y encontrará el ejemplo de una continencia perfecta. La historia de Job inspirará al lector la fuerza y el valor. Los que no saben cómo se puede ser magnánimo y clemente, resistiéndose valientemente a los desórdenes y tratando con dulzura a los que han caído en alguna falta, encontrarán en la persona de David un hombre intrépido, capaz de las acciones más heroicas, pero fácil y bueno con sus enemigos, olvidando fácilmente las injurias que le habían hecho. Así manifestaba Moisés su indignación para los que faltaban al respeto a Dios; pero trataba con gran dulzura a los que murmuraban contra su propia persona. Los pintores que hacen un cuadro miran de cuando en cuando al original para expresar todos los rasgos en su copia; así los que quieran ser perfectos en todas las virtudes, deben inspirarse en los ejemplos de los santos (8).

Estas líneas que Basilio escribía a su amigo Gregorio con el fervor de su primer renunciamiento al mundo, no expresan un ideal reservado a los ascetas. Se encuentra el acento en las instrucciones que daba más tarde al común de los fieles. Los libros didácticos parecen tener sus predilecciones.

Otro beneficio de los *Proverbios* es el de hacernos conocer la verdadera justicia. Los sabios de fuera han publicado sobre la justicia numerosos discursos que seducen a los que no son capaces de un buen razonamiento sobre estas materias; nuestro libro propone la verdadera noción de la justicia que le hace escapar de los cepos del sofisma. Sucede así que las leyes de los pueblos, por sus múltiples contradicciones, causan una confusión en la inteligencia de los que no tienen ideas muy claras. Algunas naciones admiten el parricidio y otras condenan toda muerte como un crimen. Unas honran la continencia; en otras se entregan al libertinaje con sus madres, sus hijas y sus hermanas. A causa de una costumbre inverterada la mayoría no aprecian los horrores de sus actos. Enseñando la verdadera justicia, este libro liberta a los hombres de los apetitos condenados por la razón (9).

Después el autor introduce un elogio de orden más general.

“El sabio que las escuche se hará más sabio” (Prov. 1). Estas palabras se refieren al gran poder de los *Proverbios*: sobrepasan la sabiduría de los sabios y las lecciones contenidas en este libro conducen a las enseñanzas de aquéllos. Los otros maestros tienen ignorantes por discípulos, a la escuela de este libro acuden los propios, sabios. Todavía esta palabra de sabios es equívoca, pues designa los sabios según el mundo y también los que han encontrado la verdadera sabiduría en la fe de Cristo. Aquéllos, pues, que están fuera de nuestras creencias, cuando se dan a la santa doctrina de los *Proverbios*, la Escritura promete hacerlos más sabios, inspirándoles el menosprecio de la vana ciencia y llevando su admiración hacia la verdad. Todo sabio que escuchare este libro, ya sea un simple amante de la sabiduría o ya esté muy avanzado en la posesión de la misma, se hará más sabio; aprenderá mucho sobre las cosas divinas y mucho también sobre la conducta humana.

Este libro combate el mal de todas las formas y de múltiples maneras. En cambio enseña la virtud; pone freno a la maldad de la lengua y endereza la mirada tortuosa. Prohíbe que seas el primero en llevar violentamente la mano sobre otro; rechaza la pereza, reprime los deseos desordenados, enseña la prudencia y la fortaleza. A la luz de sus enseñanzas el que tenía en su corazón aversión fuerte por el mal, adquiere un gran impulso hacia el bien (10).

Pero los libros históricos tienen también hermosos ejemplos que ofrecernos.

“El elogio del justo hará la felicidad de los pueblos”. ¿Quiere hablar de cualquier retórico o hábil historiador que para deslumbrar a su auditorio ha compuesto un discurso en el que las cadencias bien rimadas acarician el oído y que presenta hallazgos felices y bien dispuestos con estilo elegante y armonioso? El que siempre ha desdeñado estos artificios no nos aconsejaría consagrar a nuestros santos panegíricos pomposos... ¿Qué dice, pues? Que los pueblos se regocijan con una alegría espiritual al solo recuerdo de las acciones de los justos, que les alientan por una saludable emu-